



LA HOJUA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

E. GÓMEZ CARRILLO
Las honradas y las que no lo son.

LEANDRO RIVERA
Menaje á trois.

UN PEQUEÑO REPORTER
De la semana picaresca.

E. MOYRÓN
Bocadillos.

FÉLIX RECIO
La venganza noble.

JUSTINO DE LA MANCHA
Epigrama.

LUIS ANTÓN DEL OLMET
Sin amor.

FERNANDO FRANCO
Amor puro.

CLEMENTE DE CASTRO
De Adán á Eva.

MIGUEL DE SAN ROMÁN
Día de boda.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA
Kale Muny.

FERNANDO AMADO
Diálogo sorprendido.

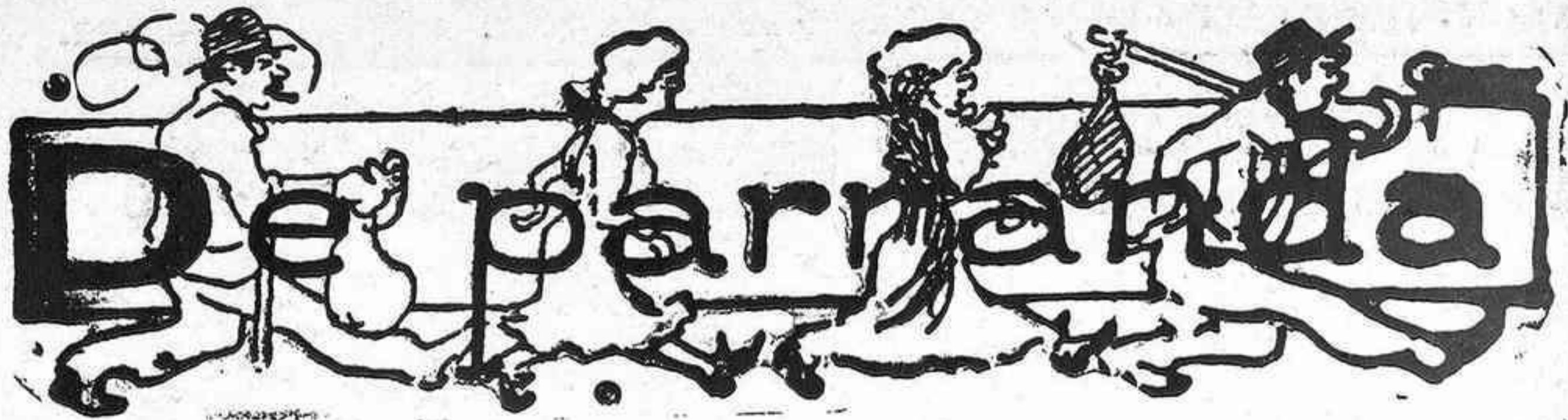
TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO
Caricaturas varias y retrato de
Servia.



SERVIA

Cancionista «de abrigo» que actúa en los Jardines. Como ustedes ven, tiene dos ojos como dos arcos voltaicos y dos arcos voltaicos como dos emisferios... y así sucesivamente. ¡Ya lo creo que *Servia!*

5 cénts.



HUMILDE ORACIÓN QUE AHORA

DIRIJO Á NUESTRA SEÑORA

Mañana celebran
la Natividad
de Nuestra Señora
la Madre de Dios,
en todas las partes
de la Cristiandad,
los fieles devotos
que corren en pos
de hallar en la Gloria
su felicidad,
pidiendo á la Virgen
que ruegue «por nos»...

✕

Los que hablan del «dulce»
portal de Belén,
que ruegue «por ellos»
debieran decir,
ya que únicamente
procuran su bien
y «al prójimo (piensan)
¡mal tiro le den!»...
Mas yo no soy de éstos,
y voy á pedir
á la Inmaculada
«por ellos» también...

✕

¡Oh Tú, «sémper Virgo»!
Suplica al Señor
que á todos nos cure
de males de amor;
que no nos engañe
jamás la mujer
querida, y que Maura
no ascienda al poder,
¡no sea que suba
con él un señor

que quiere privarnos
de todo placer!...

✕

¡Que no vuelva nunca,
Señora, el Don Juan
de los pantalones
de cuadros aquí;
pues los que hoy podemos
ganarnos el pan
con LA HOJA DE PARRA,
si vuelve aquel gran
cacique muleño,
con su frenesí
de clérigo laico,
nos hace la san...!

✕

¡Que siga mandando
Don Pepe—el de las
dos típicas cejas
hirsutas y dos
discursos por hora;
mas no tornen los
amigos fervientes
del «siempre p'atrás...»
¡Que vivan felices,
y que los demás
en paz procedamos
y en gracia de Dios!...

✕

Esto es lo que pido,
Señora, de Ti;
mas no «para ellos»
tan sólo... (También
—como es de justicia—
yo abogo por mí...)
Si algunos devotos
no piensan así,
me importa tres pitos...
Por mí, ¡que les den
—más tarde en la Gloria,
lo mismo que aquí—
ya sea un Edén
ó ya un Potosí!

Carlos Miranda

LAS HONRADAS Y LAS QUE NO LO SON

CON un orgullo muy ingenuo, los franceses reproducen á cada instante la célebre estadística de Leipzig, según la cual la fidelidad conyugal es en Francia más frecuente que en Alemania. "Ved—parecen decir los parisiense—, ved cuán inmorales son nuestros enemigos." Y luego, indispensablemente, obligatoriamente, agregan: "La diferencia está en que nosotros, grandes fanfarrones del vicio, exponemos á la luz nuestros pecados, mientras los demás países los esconden con hipocresía."

Esto de que los demás países esconden lo que París se complace en enseñar, es cierto. Pero yo no llego á convencerme de que la estadística alemana sea exacta.

¿Por qué, en efecto, las alemanas de hoy han de ser menos fieles que las francesas de hoy? En el siglo XVI, el sutil Brantome, que había vivido en muchas cortes europeas y que conocía á las españolas tanto como á las inglesas y á las alemanas tanto como á las francesas, confesaba que, en eso de reirse de los juramentos de amor, las mujeres son iguales en todas partes. Las cuestiones mismas de clima á las cuales sus contemporáneos daban mucha importancia, á él le parecían vanas. "Porque—decía—si el calor es propicio al pecado, el frío también lo es, y nadie sabe si las damas buscan buena compañía porque tienen la sangre en ebullición ó porque quieren calentársela." Y esto, que era ayer cierto, no debe dejar de serlo hoy.

Pero, en fin, puesto que existe una sabia estadística del adulterio y puesto que los periódicos la publican, no hay más remedio que estudiarla gravemente. Según el doctor de Leipzig, la más infiel de las esposas es la alemana, y la más fiel es la búlgara. En cuanto á la española, aunque nos choque la cosa, la estadística la coloca entre la francesa y la italiana, con un poco de más virtud que las modernas Francescas, pero con un poco menos que las madames Bovary de nuestros días. En cuanto á Francia, en esto, como en su situación geográfica, ocupa un puesto central, ni muy lejos del Norte ni muy lejos del Sur.

—Estamos en un término medio— podrán decir los maridos de comedias parisienses esta temporada.

En cambio, los alemanes, con el orgullo de ser en eso, como en otras cosas, los pri-

meros, exclamarán en las caricaturas de "Simplicissimus,":

—Nadie nos gana.

Pero, si yo fuera tudesco, no dejaría de preguntarme si mi compatriota de Leipzig no habrá sido víctima de la vanidad nacional al colocarse en la cumbre de la montaña del engaño. ¿Qué razón, en efecto, hay para esa superioridad? ¿Qué privilegio tienen las rubias "gretchen", de que las demás mujeres no gozaron jamás? Un moralista, de los que encuentran excusas para todo, nos asegura



El camarero (reflexionando): Me parece que esta noche no viene el marqués á pagarla la cena... ¡y me la voy á tener que cargar yo!

que en Alemania los hombres tienen la costumbre de pasarse las horas de la velada en la cervecería, mientras sus esposas se quedan solas en el hogar. Y agrega: "La soledad es la peor consejera." Lo malo de este razonamiento es que hay muchas observaciones que prueban lo contrario. Así, por ejemplo, no hay marido más casero que el inglés. Y, sin embargo, la inglesa no ocupa en la escala de la perfidia un puesto comparable con el de la búlgara, que, probablemente, se pasa el día sola. Pero, ¡qué digo! El español mis-

mo es mucho más callejero, mucho más noctámbulo que el italiano, y, sin embargo, las españolas vencen á las toscanas en punto á respeto de la fe conyugal.

Otra cosa que me preocupa es el método de observación que el buen sabio de Leipzig ha podido emplear para formar su estadísti-

DEL HUERTO AJENO



La niña.—Mira la Patro y su madre. ¡Pues no se las tiran de elegantes!

La mamá.—¡Déjalas que se las tiren!

ca. En esta materia, en efecto, los documentos no pueden ser fáciles de encontrarse. Las mujeres, cuando son infieles, no suelen decirlo. A menos que el buen alemán haya procedido como los hacedores de encuestas, y, escogiendo cien damas de cada país, les haya preguntado:

—¿Sois fieles?... ¿No lo sois?... ¿Cuántas veces?... ¿Con quién?...

En el cual caso, habría que decir que si las tudescas no son las más pérfidas, por lo menos son las más francas.

E. Gómez Carrillo

MENAGE A TROIS

Aún en el lecho está la cortesana. Ilusión de un recuerdo la sujeta á los tibios encajes; pero inquieta su corazón la luz de la mañana que hizo huir á su pálido poeta.

Hay vapores de esencias y de flores. En un rosa corsé dormita un guante; el moaré del vestido, rutilante sonríe, con vivísimos colores, á una media calada y perfumante.

Quiere olvidar la sensual caricia que hace grata la vida pecadora; una hora de amor, sólo una hora siente con su poeta la delicia, en la desesperanza abrumadora.

Pronto el viejo vendrá, que se recrea, —como en las futilidades de su escudo— en el divino altar de aquel desnudo torso fragante, que el señor babea con impotencia, estremecido y mudo.

La blanca muselina perfumada suavemente descubre la amorosa querida del anciano; temblorosa su figura palpita modelada con pétalos de lirios y de rosa.

Esperozo de cisne que agoniza, la yergue en mayestática postura: cálzase las sandalias con soltura, y en el baño aromado se desliza el beso de su mórbida cultura.

Alguien llama. La voz de la doncella anuncia la visita del tirano. Entra regocijándose el anciano, lascivo la contempla, y tiende á ella su descarnada y palpitante mano.

Paga en saludo de cortés desvío, y porque el viejo, con amor recoja las liviandades que en el nido aloja, sobre la albura de su cuerpo frío luce la malla de la media roja.

Veneno de las lánguidas caricias mata con lujuriosas perversiones; y ha surgido el espasmo de visiones, del altar enervante de impudicias donde el viejo se duerme en convulsiones...

.....

Y ella finge, á la par, una agonía que halaga dulcemente al soberano... mientras recuerda á su poeta hermano, que alivia con sus besos de alegría la crueldad de los besos del anciano...

Leandro Rivera.

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

DESPUES DE LAS LUCHAS

ADEANTES y rendidos nos han dejado las luchas greco-romanas, y más vale así, para ver si calmamos nuestros ímpetus belicosos, porque si la juegucita dura ocho días más, acabamos todos por enloquecer, en términos de lanzarnos á la calle en indumentaria de gladiador, ora griego, ora romano; pero, desde luego, completamente libre.

Porque ha sido una temporadita de constante pesadilla.

Estaba usted tomando tranquilamente café en cualquier establecimiento servido por camareras, cuando de pronto se le acercaba la de turno en su mesa, y lanzándole una mirada *hojaparesca*, le soltaba á boca de jarro la siguiente preguntita:

—¿Se ha fijado usted en lo desarrollado que lo tiene Ochoa?

Como es lógico, en el acto se le caía á uno encima la taza de café y hasta la copa con la chorrada de jugo lácteo, servida para final de la consumación; pero la muchacha, al observar nuestro gesto de asombro, añadía en seguida:

—¡No sea usted malicioso! Me refiero al *biceps*. Anoche estuve viendo la lucha, y ¡si viese cómo me emocioné cuando De Riaz se echó encima de Vervet! ¡Había *que ververt* qué fuerza! Es una lástima que no permitan la lucha con el sexo femenino, porque yo estaba resuelta á echarle la llave al más forzado de esos campeones.

—Pues mira, puedes echármela á mí por

debajo de la mesa para que no se entere el encargado del mostrador.

Lo cierto es que las tales luchas habían apasionado á todo el mundo. Desde aquello de

*Lucha el marino
con ánimo sereno...*

hasta la hora de ahora, como dicen los orado-

HABLANDO POR TELEFONO



... Soy yo, esposo mío, que estoy sobre ascuas por tu tardanza.

res cursis, no habíamos vuelto á tener constantemente en los labios esa frase que evoca en nosotros el recuerdo de la época de juegos olímpicos ó *súcicos*, ¡vayan ustedes á saber! Y forzoso es convenir que ellas han sido las más enardecidas. Era de ver el interés con que seguían todos los incidentes. Cada una tenía su favorito; quién el inglés, cuál el ruso, ésta el francés, aquella el suizo, y hasta no faltaban idólatras del negro, un tiazó que sudaba tinta china.

Aunque quien debía lógicamente sentir más los efectos del esfuerzo del combate, era el escocés. ¡La de fécula de patata que necesitaría el amigo! Y digo esto porque es lo más indicado para los que se *escocen* ó se *escuecen*, que para el caso es lo mismo.

Pero el ídolo de todas era Ochoa, el vigoroso navarro. Yo sé de una jamona de bas-



—¡Miá que ¡no darle á su hija el premio de belleza!

—¡Calle, usted, si era una filfa; No las desaminaban más que por afuera!

tante buen ver, muy inteligente en esa clase de deportes, que la noche de la lucha decisiva, al ver que De Riaz le vencía, sufrió un ataque de nervios, y luego, en su domicilio, no hacía más que decir en el paroxismo de su indignación:

—¡Infame! ¡Hacerle una presa de cabeza! ¡Claro, como el pobrecito mío no está fuerte en esas cosas! Yo sí que se la hubiese hecho á él. ¡Y no se me escaparía en un par de horas!

No he tenido el honor de interveviar al

hombre de hierro; pero abrigo el convencimiento de que en estos días habrá recibido centenares de cartitas perfumadas, faltas de haches, pero sobradas de ardoroso apasionamiento, cantando, en prosa ó en verso, el vigor de sus músculos de acero.

Si Ochoa tiene la picardía de hacerse una colección de postales íntimas, á buen seguro que en pocos días agota la tirada. Tal es el entusiasmo que ha despertado.

Es lo que decía la otra noche una de ellas al acabar de lanzar al viento un profundísimo suspiro:

—Eso es un hombre, y no la indecencia que tiene una en casa.

No sabe la infeliz que las mayoría de las veces las aperiencias engañan.

Un pequeño reporter



BOCADILLOS

Como fortuna no alcanza Pérez, de Esperanza amante, á todos cuenta el tunante que vive de la esperanza.



Un cura, que la simbólica HOJA DE PARRA leyó, al final la confundió... con *La Semana Católica*.



Filis, la hermosa mujer, oriunda de Cascante, le preguntaba á su amante sin llegarlo á comprender: —¿Por qué arrojas tanta bilis y tanto te desesperas? ¿Estás enfermo de veras? Y él contestaba—¡Sí, Filis!

E. Moyrón

LEA USTED EL JUEVES

LA INDECISA

por Carmen de Burgos

LA VENGANZA NOBLE

PARA que vayan ustedes formándose una idea de lo que son los amigos! Nuestro elegante *concurdáneo* Faustino B. acaba de llegar á Madrid de regreso de San Sebastián; es un muchacho de estatura vulgar, sobrio de carnes, buen decidor de chistes, alegre y... ¡con dinero!

Faustino, desde hace medio año, tiene relaciones con la admirable *distraída* Matilde X., de cuya nuca dorada podrían decir Luis Romero y Julito Pérez tantas cosas. Pues bien; noches atrás Faustino y Matilde riñeron. La culpa de esta trifulca, de consecuencias acaso irremediables, no corresponde á ninguno de los dos amantes; el autor de tan fortísimo desaguisado es un aderezo que B. había visto en cierta joyería donostiarra. Faustino quería comprar un collar tasado en dos mil pesetas; Matildita X. solicitaba otro mucho más caro... *Et voilà!*

La historia no es nueva. Como la Vida y la Muerte se reparten el mundo, así el Amor y la Codicia se reparten el alma. Mas, ¿qué remedio, cuando nuestra flaqueza, estrechez y poquedad de recursos nos obligan á vivir en la tierra sin esperanza de trasladarnos á ninguno de los planetas que suponemos habitados?

La misma noche en que Matilde y Faustino riñeron, nuestro amigo, que no sabe hallarse sin amorosos quebraderos de cabeza, salió de casa de su coíma para dirigirse al *nido* de la deliciosa Serafina, otra de nuestras *desnudables* más expertas. De Serafina todos recuerdan: es una de esas mujeres que, como las grandes creaciones del cincel, dejan sobre el espíritu impresión perenne. De ella me han hablado en Valencia, en Barcelona, en Granada..., donde sus cabellos rojos arruinaron al hijo de un platero judío...

Cuando Faustino llamó al cuarto de Serafina, ésta empezaba á desnudarse. Por excep-

ción rarísima estaba sola; su *dueño* había salido; sus criados también.

Serafina arrojó sobre un diván su enagua de seda y su corsé con adornos de felpa color violeta, y recatándose el pecho tras los encajes de su camisa de dormir, salió á conocer quien llamaba.

—Soy yo—exclamó B., con la tranquilidad del hombre que conoce perfectamente el terreno que pisa.

EL VIAJERO MALHUMORADO



- ¡A ver, un cuarto para mí!
 —¿Lo quiere el señor solo?
 —¡No, que va á ser con leche!

—Eso no es contestar; no conozco su voz—repuso la joven.

—No lo extraño.

—¿Cómo? ¿No nos hemos visto nunca y se atreve á venir?

—Sí, algunas veces, muy pocas... Pero, eso no importa. Yo la quiero á usted.

Serafina, en vez de irritarse por aquella impertinencia, como hubiera hecho cualquiera persona que ya tuviese lo que el vulgo llama "la muela del juicio", rompió á reír.

—Eso no basta—dijo—, si yo diese hospitalidad á todos los hombres que me aman, ya estaría enterrada. Váyase usted.

—Abra la puerta y hablaremos, que hablando se entiende la gente.

—No puedo.

—Soy joven...

—Y tonto.

—Soy rico.

—Y majadero.

—Tengo cuarenta mil pesetas anuales de renta.

—Y una dosis inaguantable de pedantería



—Tú eres muy joven y no has querido con fatigas; pero en cuanto des con uno que te lleve bien el ojo, vas á pasar *las morás*.

y de indiscreción. Váyase usted, repito.

En el silencio del rellano obscuro, Faustino B., siempre con los labios cosidos á la cerradura de la puerta, continuó ponderando su pasión y las amorosas cuitas que allí le llevaban.

Su voz era doliente, respetuosa, infinitamente suplicante y humilde, como la de los pajarillos que agonizan piando bajo la nieve.

Serafina decía zumbona y risueña, procurando divertirse con el intempestivo visitante:

—Pero si yo no le conozco á usted, ¿qué pueden importarme sus penas?

—Ya lo comprendo.

—Pues entonces, hace muy mal en venir á molestarme á semejante hora.

—Sin embargo, por caridad... de este terrible mal de amor, usted sólo puede salvarme.

—¿No tiene usted mujer que le consuele?

—No. Hace un momento que he reñido con mi amiga.

—¿Quién era?

—Matilde X.

Serafina profesaba á Matilde aborrecimiento mortal; ésta, el verano anterior, la había birlado un amante millonario; el regalado momento de vengarse estaba allí.

Serafina lanzó un grito de júbilo y abrió la puerta, murmurando:

—Haberlo dicho antes.

.....
Viendo estos ejemplos, ¿quién creará en la fidelidad ni en la amistad?

“Si no hubiese perros, querría morir,”—dijo Schopenhauer.

Y hasta cierto punto el gran filósofo tiene razón, porque la fidelidad va huyendo del género humano y no tiene en el mundo otro refugio que el que le prestan los perros.

Félix Recio.

EPIGRAMA

De los ojos—un delirio—
padece Concha Garcés,
y el médico, don Andrés,
la echa gotas de colirio.

La dosis dos gotas es,
pero tanto es el martirio,
que dice que la eche tres.

Justino de la Mancha

LEA USTED EL JUEVES

LA INDECISA

por Carmen de Burgos

S I N A M O R

CUANDO la noche cae, Juana sale á la calle.

Dos horas antes comienza su tocado. De un armario de pino, viejo y feo, extrae su traje, su mantilla, sus zapatos. Lo cepilla todo, estira las arrugas, lo contempla, lo repasa y va cambiando las prendas de casa por las de salir. Forman una indumentaria de pobreza grotesca; telas deslustradas y cintas que se arrugan, terciopelos ajados, charoles sin brillo, sedas viejas y desteñidas. Cuando se ha puesto sus galanes atavíos, asoma al espejo su semblante pálido, y tras de recorrer la casa escrutando cosas misteriosas por los rincones y las penumbras, echa la llave del portón y baja á la calle. Pasea dos horas sin rumbo fijo.

Nadie la saluda, nadie parece conocerla. Transitan á su lado cien personas, mil, dos mil y ni una cabeza se descubre á su paso, ni la llama una voz ni la sonrío una boca. No inspira deseos á los hombres, ni simpatías, ni aun excita la curiosidad de las mujeres. Su paso es indiferente, frío, seco, y deja tras ella una estela infinita de vacío. Llegada su hora, se encamina á su casa. Se guisa un bodrio, se lo come y se acuesta. Vive sola desde hace años. Tiene cuarenta años. Es soltera, infinitamente pobre é infinitamente tímida.

Tiene la suficiente inteligencia para darse

cuenta de la ridiculez de su existencia; está persuadida de que es grotesca, risible en su miseria, en su fealdad y en su soltería. Se aviene á ello, no censura á nadie, no culpa á nadie de su desdicha, no tiene odios, ni medita venganzas, no espera y siente vagamente su pobreza de espíritu. Y convencida de todo



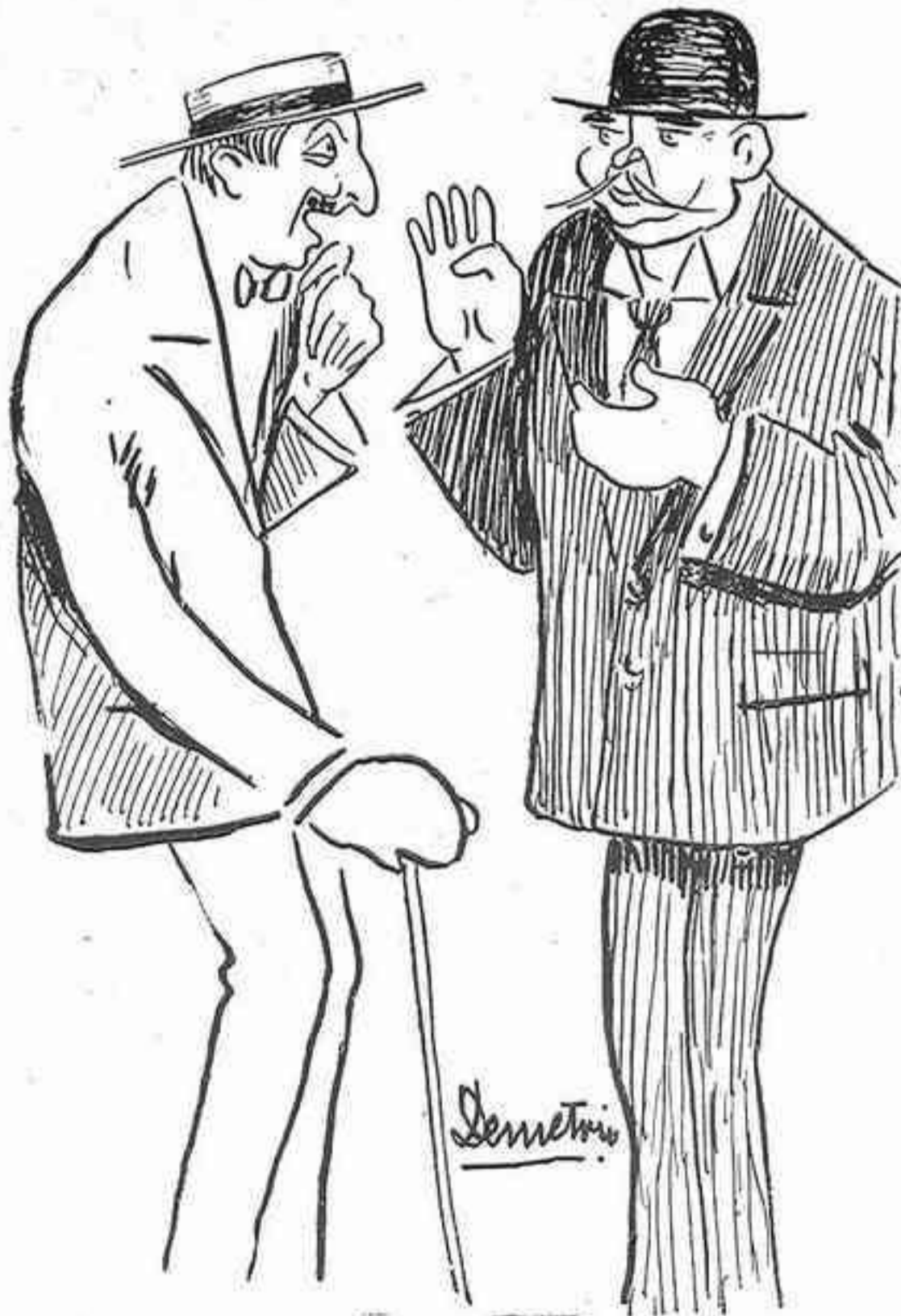
—Chiquita, yo como en mis mejores tiempos.

—Pues yo... como si leyese *La Época*.

esto, es infinitamente vergonzosa. Ama el sol y el aire, y, sin embargo, no sale al sol ni al aire. Siente una gran vergüenza de ser vista con sus trajes raídos, de que unos ojos maliciosos se paren en los zurcidos y en los remiendos de sus telas, ó una boca se pliegue con ironía comentando sus zapatos, su mantilla ó su capota. Siente una mansa pesadumbre al conocer el desprecio de las gentes, y huye del sol, del aire, de la vida, y cuando cae la noche, envuelta en sombras sale á la calle empujada por su ansia de vivir, por su

instinto de ser humano que anhela hablar, reír, rozarse con semejantes suyos.

Y Juana, como las solteronas de novela, ha puesto su amor en su canario. ¡Triste vida la suya! Nació en una jaula, empollado por una madre que nunca lo quiso. Tras varios días de cambalaches y correrías, fué á las manos



—Pues, sí, señor; yo no gano más que veinticinco duros, y mi mujercita se las arregla de modo que me pone cuatro platos.

—¿Y hace mucho que se los pone?...

de Juana por una de esas casualidades que une á los desdichados en la vida.

El canario es muy bello. No tuvo nunca amores, porque Juana no le busca pareja. En Invierno y en Otoño el recuerdo de su soledad no parece conturbar su alma; pero en Primavera, cuando la savia nueva reverdece los campos y cubre de yema los árboles sin hojas, siente circular por sus arterias sangre

saltadora y ardiente, é hinchando el pecho llama en vano á un sér desconocido, misterioso. Las notas de sus cantos suenan poderosas y rugientes.

Y Juana, con los ojos ardientes, con sonrisa burlona, hace mofa de sus ansias de macho, lo excita, lo tortura con siseos y piídos, y el canario, febril, loco, hiergue las alas, abre el pico y se arrastra por el suelo, se tira contra los alambres de la jaula y se queja tan fuerte, que tiembla su garganta como si las cuerdas de su lira fuesen á saltar.

Y á veces, encerrada Juana en su alcoba, virgen, consumida por feroces deseos no satisfechos, trae la jaula y se quedan ambos sumidos en el silencio. Y hay momentos crueles, en los cuales ella pega á la jaula sus labios sedientos, y el canario, enloquecido, clava en ellos su pico, cubriéndolos de besos.

Luis Antón del Olmet.



AMOR PURO

Amor inspira sus actos,
amor motiva sus celos,
que está enamorado el pobre
de una chica de ojos negros
más hermosos que la aurora
y más ardientes que Febo.
Amor es toda su dicha
y su exclusivo contento;
le martiriza el amor,
á veces, impío y fiero,
y en su presente azaroso
y en su porvenir incierto,
el amor es su alegría
y el amor es su tormento,
sólo para el amor vive
y de amor se va muriendo.
Y al mirarse el desdichado
del amor tan firme siervo,
suele exclamar con frecuencia:
¡Ay, amor, cómo me has puesto!

Fernando Franco

DE ADAN A EVA



El doctor Toulouse publica en *Le Journal* un artículo dedicado á probar que el hombre y la mujer no son esencialmente distintos; no ya en su estructura física, pero ni siquiera en su parte moral.

—Una cabeza varonil afeitada — dice — y una cabeza de mujer sin pelo, se parecen tanto, que muchas veces no sabríamos determinar á cuál de los dos sexos pertenece; y, prescindiendo de ciertos desarrollos pelvianos y mamarios innegables, la anatomía femenina llegaría á identificarse en sobriedad de curvas y vigor muscular á la del hombre, si nuestras (en todos conceptos) caras mitades se dedicasen á los ejercicios físicos tanto como nosotros.

El doctor Toulouse, examinando las diferencias morales cavadas por la complexión fisiológica y los hábitos de los sexos, imputa á la indumentaria buena parte de la timidez, recato y pudoroso amilanamiento de la mujer: desde muy pequeñas, las faldas empiezan á reprimir la espontaneidad atrevida de sus ademanes; el corsé oprime su talle; la preocupación de llevar graciosamente un sombrero de grave y complicada arquitectura, ó de no descomponer las gracias de un complejo peinado, las obliga paulatinamente á una inmovilidad que más tarde será origen de recogimiento y rubor.

El articulista, sin embargo, reconoce que

hay en la hembra una debilidad sensual, especie de docilidad, ó de sumisión hereditaria invencible. Una amiga suya, mujer de gran talento y de gran belleza y defensora acérrima de las teorías feministas, realizó un viaje de propaganda en este sentido por varias ciudades del Mediodía.



—¡Chico, qué bien sabe en el campo cualquier cosita!
—¡Chica, qué despreciativa estás!

Un alto funcionario á quien fué á ver á propósito de acierto sunto, se enamoró de ella como un loco y aun quiso obtener por fuerza lo que la joven, de grado, no quiso darle.

Y el buen doctor Toulouse añade, desconcertado, quizá, en su opinión por este recuerdo:

—Muchos años después, mi amiga me contaba que, bajo las mentirosas apariencias de disgusto que se creyó obligada á adoptar en aquella ocasión, experimentó á, pesar de sus exageraciones feministas y de sus fanáticas campañas por la independenciamiento de su sexo, un subidísimo orgullo de haber sido

preferida v deseada 'groseramente por un macho.

Le Journal del domingo refiere un lance de la misma laya.

Una chiquita, de catorce años, Angeles Sennette, tenía dos pretendientes poco mayores que ella: Luis Morar, fumista, y un



—Oye, ¿es verdad que en París hay muchas mujeres de esas malas?

—¡Oh, haber muchas, señoguita!

—¡Así vino mi hermano tan chupado!...

italianito, Pedro Rafalli, vendedor ambulante de estatuillas de yeso.

—¿A cuál prefieres de nosotros?—habían dicho los muchachos.

Y ella, voluptuosa y sanguinaria como todas las hembras, repuso, cual hubieran podido hacer Darwin ó Alejandro:

—Al más bravo.

El encuentro se verificó de noche, en un rincón sombrío de la señora calle de Quincampoix y sin otro testigo que Angeles. Mo-

rard tenía una paleta de las que se usan en su oficio; Rafelli, un cuchillo.

Comenzó la pelea; Angeles enardecía á los luchadores, celebrando con palmadas los buenos golpes.

Al segundo asalto, Morard recibió una puñalada en el brazo izquierdo.

—¡Ya estás vencido — gritó el italiano —; Angeles es para mí!

—Todavía no—repuso el fumista poniéndose en guardia.

Poco después, la paleta de Morard caía furiosamente sobre la cabeza de su enemigo, derribándole exánime.

Y la chiquilla y el vencedor se alejaron besándose, preparando ya, como romanos, su salvaje orgía de lujuria y de sangre.

¡No!

Por hondas que sean las suavidades impuestas á nuestras costumbres por la civilización, jamás la idiosincrasia moral de los sexos llegará á confundirse. La mujer nació para obedecer y nunca podrá querer intensamente al hombre débil, al macho cobarde que no sepa dominarla y sojuzgarla.

—Tómame...—murmuran las seducidas en el momento del abandono supremo.

Y este es el grito del sexo, el balbuceo no aprendido, insustituible, de sujeción, rendimiento y vasallaje, transmitido desde la Creación, de madres á hijas por la herencia.

Clemente de Castro.

Biarritz, 1.º Septiembre.



CHISTE DE LA SEMANA

—¿A que nó sabes tú á qué forma de gobierno se sienten inclinados los toreros á la hora de matar?

—No.

—A D. Jaime.

—¿Por qué?

—¿Pues no les oyes? D'jaime solo, d'jaime solo.

DIA DE BODA



OCURRIÓ en tierras de Zamora, junto á la ribera del Duero, frondosa y fértil. Era en Otoño, y la parra, que trepaba, retorciéndose, por las tapias del corralón, ofrecía á los comensales el doble encanto de su sombra fresca y su dulce fruto.

Bajo las pámpanas alargábase la mesa cubierta de limpios manteles. Humeaban las cazuelas enormes, olorosas á guisado de cordero; dorábanse en las fuentes de loza, los enteros pollos asados; hincábanse cuchillos, y aun puños, en el rico tasajo de vaca. Corría de los zaques á los vasos y de éstos á los gaznates, el vino de Toro, fuerte y espeso, que tiene al trásluz una obscura transparencia granate; deja en la garganta, al trasegarlo, un áspero sabor, y luego tonifica el estómago y templá todo el cuerpo.

Tras los cangilones de arroz con leche, espolvoreado de canela aromática, vinieron las tartas y confituras y se descorcharon botellas de añejo, llenas del polvo de la cueva.

Todas las miradas se clavaban en la novia. Era una moza colorada y recia, de cara moletuda como la de un canónigo regalón; ancha de hombros y de caderas, no mal puesta de senos, morenaza y bravía. Había bebido más que nadie y estaba sofocada y rusiente, atenta á las pullas, cada vez más lascivas, que le dirigían los mozos. El novio, enjuto y pálido, con facha de clérigo—como que era sacristán-organista de la parroquia—apenas osaba fijar los ojos en su mujer y se ruborizaba cuando una broma iba más allá de los honestos límites.

Hartos de tajadas, de vino y de voces, alzóse la mesa y empezó el baile. No faltaba el dulzainero del pueblo, con su gaita chillona y su tamboril negro de mugre Rasgó el aire una jota. Todas las mozas salieron á danzar, la novia la primera. Una voz varonil cantó una copla... Repiqueteaban los dedos como los crótalos andaluces.

De pronto ¡se aguló la fiesta! Ayes de angustia, gritos, confusión. La novia se ha puesto pálida y ha caído al suelo sin sentido. Las mozas la cogen en brazos y la llevan al interior de la casa. El médico, que era uno de los convidados, corre también á prestarle



—¿Hacia qué parte de la playa notas mayor sensación al entrar en el agua?

—Hacia el medio.

los auxilios de su pobre ciencia rural. El novio llora sin consuelo.

Entre tanto, en el corralón se hacían comentarios.

—No ha sío ná. Que se ha privao.

—Será un paralís.

—Si ya venía mala dende la ilesia. Me fijé yo endenantes.

—Eso es por ponerse tan preto el corsé.
¿No lo has visto que parecía que iba á reventar?

—¡Ca, mujer! Lo que l'ha pasao es que ha cogío una borrachera como pa ella sola.

—A ver lo que ice don Trifón.

Y don Trifón, el médico, apareció en el



—¿Pero usted los sorprendió *in fraganti*?

—Yo los sorprendí *in la alcoba*.

corral diez minutos después. Treinta personas le asaltaron, mareándole á preguntas.

—¿Qué ha sío? ¿Qué ha sío?

—¿Que qué ha sido?... Nada... ¡Una niña!

—¡Cómo, una niña!

—Y bien hermosa y bien gorda que está, aunque ha venido antes de tiempo. Y la madre como si tal cosa; capaz es de seguir bailando.

Un coro de carcajadas y cuchufletas acogió las palabras del médico.

—Todos rodearon al marido.

—Pero si naide se lo ha figurao.

—¿No sus decía yo que iba muy preta?

—Oye, tú, ¿cuándo es el bautizo?

—Ya sus podíais haber aguardao pa no hacer dos gastos.

—Calla, mujer, que eso son las aguas.

—Y decíais *que se había privao*. ¿De qué?

—Miá éste que callao se lo tenía...

—Va á ser mu alegre el crío, porque ha nació bailando la jota.

El sacristán, entontecido, mirando á todos con estúpida cara de asombro, protestó.

—Pero... ¡si yo no sabía nada!... ¡Si es la primera noticia que tengo!... Será verdad; pero ¡que no me echen á mí la culpa! Gracias á Dios no me remuerde la conciencia. Es una desgracia; pero, ¿qué se le va á hacer? Todos los males vengan por ahí.

Y para confortar su resignación, se echó entre pecho y espalda un buen trago del rojo vino de Toro.

Miguel de San Román.



KALE MUNY

Con ser todo adorable, hay algo que me encanta sobre todo en tu cuerpo, y ello no es tu garganta, que es de armónica línea y un prodigio de albura. Ni la antorcha de oro de tus rubios cabellos. Ni el turquí de tus ojos de marinos destellos. Ni tu boca, ardoroso manantial de dulzura.

Ni tus senos, que avanzan como proas airosas. Ni tus manos, que fingen abanicos de rosas. Ni de tu terso vientre la rodela argentina. Ni tus firmes caderas de curvas incitantes. Ni de tus lindas piernas los fustes elegantes que sostienen el templo de tu gracia divina.

.....

En la mar en que antaño se bañase Afrodita, (y por ello su agua es un agua bendita), una tarde de estío te veía bañar... Y al tender la mirada por el bello horizonte... tuve un raro espejismo, creyendo ver un monte... y, en su cumbre, de Venus, el amoroso altar!...

Joaquín Alcaide de Zafra

DIALOGO SORPRENDIDO

UN periodista francés, que está aquí estos días prestando excesiva atención á los caballitos, nos contó noches pasadas con mucha gracia, á Daniel López de Calle y á mí, un diálogo que días atrás sostuvieron en voz muy baja la marquesa Leonor N.



—¡De manera, infeliz, que has incurrido en el sexto?

—No lo se con seguridad, porque no he llevado la cuenta.

(hermosa viudita de treinta años) y su amiga la joven vizcondesa Clotilde.

El periodista, oculto en el hueco de una ventana, tras unas macetas de flores, tuvo la suerte de oírlo todo. La marquesita Leonor estaba inconsolable; quería hablar y no se atrevía; sus labios temblaban, el carmín del rubor coloreaba sus mejillas, y dirigía miradas afligidas al techo, mientras sus lindos piecitos golpeaban impacientes la alfombra.

—“¡Si tú supieras... si tú supieras!”—repetía.

—¿Pero qué es ello? Confiésalo de una vez; estoy como sobre ascuas...

El periodista, á quien su curiosidad y su profesión obligan á enterarse circunstanciadamente de todo cuanto allí iba á decirse, asegura que la compungida marquesita, antes de romper á hablar, abrazó y besuqueó á su amiga, como implorando con aquellas caricias su perdón y ayuda. En el gabinete no había nadie; por una puerta abierta penetraban las alegres notas de un vals y se veían parejas elegantes que pasaban, girando velozmente unas tras otras.

—Soy la mujer más desventurada de París—dijo Leonor. Estoy avergonzada de mí misma, me odio... Te juro que, desde ayer, la idea del suicidio se agita en mi cerebro...—Me asustas—. Ya conoces á M. d'Argeles y á su primo Fernando...—Sí—. Ambos son muy amigos de mi familia, y con este pretexto fueron á pasar unos días á mi castillo de... Allí les conocí. No sabría explicarte por qué la presencia de Fernando produjo en mí una turbación infinita. Es un hombre perfecto, irresistible, ó, por lo menos, la ceguedad de mi pasión lo imagina así. Alto, esbelto, elegante, afable en los ademanes y de cariñosa y amenísima conversación... ¡No exagero, no! Me gustan sus actitudes, el modo que tiene de dar la mano, sus amables sonrisas de hombre mundano acostumbrado á fingir; la expresión lagotera de sus ojos, el timbre persuasivo de su voz...

—¿Y dices que ese Don Juan se llama M. d'Argeles?

—No; no es M. d'Argeles; es su primo Fernando.

—¡Ah, bien!... Continúa...

—Desde luego presumí que mi fortaleza y mi virtud tenían en Fernando un terrible enemigo, y estos temores aumentaron al com-

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

LA INDECISA

Por Carmen de Burgos.

20 CÉNTIMOS

prender que él había sospechado mi debilidad y que es hombre caprichoso y atrevido, incapaz de retroceder buenamente ante ningún obstáculo. Desde entonces empezó á librarse entre Fernando y yo una horrible batalla; él estrechaba el acero, yo resistía desesperadamente. Cuando no estaba en casa contaba los minutos que faltaban para volver á verle; cuando le tenía delante deseaba que se fuese. Hace algunos días, Fernando y yo nos encontramos á solas en el comedor. Yo me puse muy pálida; él se acercó á mí. "Es preciso que hablemos—dijo—; espérame usted esta noche, á las diez, en el gabinete azul,"... No tuve fuerzas para negarme á tan dulce y comedida petición, é hice con la cabeza un signo afirmativo.

—¡Ah, tonta!—exclamó Clotilde.

—Sí, dices bien—repuso la marquesita Leonor—; fuí una tonta, una loca... Llegó la noche. Lo que más me mortificaba de aquella peligrosa entrevista eran las primeras palabras. ¿Qué me diría Fernando? ¿Qué respondería yo y qué actitud me sería más favorable?...

—Comprendo tus vacilaciones—murmuró Clotilde moviendo la cabeza lentamente, como quien recuerda.

—Pues bien—prosiguió Leonor—: de pronto sentí los pasos sigilosos de Fernando que se acercaba; entonces miré á todas partes, considerándome perdida. ¿Qué hacer?... Un diván, que estaba junto á mí invitándome con las blanduras de su panza afelpada y muelle, pareció responderme:—"Espérale dormida,"... Juzgué el consejo excelente y me

acosté, cerrando fuertemente los ojos. Fernando llegóse hasta mí andando de puntillas, temeroso, sin duda, de despertarme; después, hincando una rodilla en tierra, me besó las manos apasionadamente, luego... Luego se fué... ¡Y yo dormida!...

—Pues hasta ahora—interrumpió Clotilde—no adivino la parte horrible de tu aventura...

—¡Oh, lo horrible, querida mía, vino más tarde!... Al convencerme de que Fernando se había marchado, quise levantarme para ir al salón en donde varias amigas se divertían tocando el piano y bailando; pero en aquel momento oí de nuevo los pasos de Fernando que volvía, y torné á echarme en el diván y á cerrar los ojos, representando con perfecto aplomo mi candoroso papel de mujer dormida... y sentí que me asían por el talle y que unos labios acariciaban mis manos. Luego...

—¿Luego, qué?...

—Luego, cansada de fingir, abrí los ojos y... ¡Horror!... el hombre que me estrechaba entre sus brazos, no era Fernando...

—¡Cómo!

—Era M. d'Argeles...

Fernando Amado

San Sebastián, 31 Agosto.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

APARTADO 547

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

